

"UN EMOCIONANTE VIAJE POR LOS RINCONES DEL AMOR, LA IDENTIDAD Y LOS COLORES DE LA VIDA"
—SUNLIST

A watercolor illustration of a woman's face and shoulders. Her hair is long and flows around her face, rendered in vibrant rainbow colors including yellow, orange, red, purple, and blue. Her eyes are a striking, bright blue. She has a neutral expression with pink lips. The background is a soft, light yellowish-white.

Las tizas

DEL ARCOÍRIS

UNA NOVELA DE
FABIAN TAPIA

Las tizas del arcoíris

Fabian Tapia

Copyright © 2018 Fabian Tapia

Todos los derechos reservados.

ISBN: 1724590855

ISBN—13: 978-1724590855

Dedicatoria

A Azenet y José, para que un día encuentren sus colores y forjen sus caminos.

CAPÍTULOS

[Prólogo a tres colores](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Epílogo](#)

Agradecimientos

A Liz A, por la increíble luz que siempre deja en mis tormentas.
Y a Liz L, por convertir las palabras en tizas cuando no sabía cómo continuar con los murales de mis historias.

PRÓLOGO A TRES COLORES

CIELO

Mirarme es como ver una pared de vidrio: puedes ver lo que hay detrás, solamente eso, o puedes ver el vidrio en sí; sus fisuras, su color, su dureza... Las personas se inclinan por la primera opción: por juzgar sólo lo que ven más fácilmente. Hasta el momento conozco a solo dos personas que se atreven a mirar dentro de mí: Mik y...mi madre. Bueno, ella solía hacerlo antes de caer en coma.

Es necesario que sepas de mí lo siguiente:

No tengo ningún color. Desapareció sin darme cuenta. Quizá en aquel accidente automovilístico lo perdí o nací sin él...lo importante no es que no lo tengo; lo importante es lo que sufrí por conseguirlo, lo que luché, amé y perdí mientras todo me parecía ajeno. Un sol apagado.

Nadie podría narrar esta historia mejor que yo. He visto todos los colores que no me han pertenecido por alguna razón y, sinceramente, los describo con elegancia, con envidia y precisión.

No soy de las que se queda ahogándose en el mar del infortunio, soy de las que se traga ese mar y lo escupe contra las barreras del destino hasta derrumbarlas. No tenía ningún color, hasta que le robé las tizas al arcoíris y empecé a dibujar sobre mi alma el más bonito de los cielos.

LA MARIPOSA NEGRA

Sí, las palabras de mis cuentos y poemas son igual de negros que mi alma, y, quizá, si me compadezco, podrás encontrar la visión inocente de la niña que no pensaba en un futuro de sombras, hasta que le extirparon las alas. Te

narraré hasta el más mínimo detalle de los personajes que pueda ver; lograré que tus ojos vean cada color con una tinta de mi color favorito: el negro. Al fin y al cabo, ¿quién si no las sombras le dan intensidad a los colores de la vida?

No te duelas por las palabras que pueda escribir, así me ha instruido la vida; decir cada palabra honestamente, antes de que venga la muerte y me pida decir la verdad.

Soy La Mariposa Negra. Espero leas esto con la misma intensidad con la que lo escribí.

MIK

Ojalá pudiese escribir esto antes de haber conocido a Cielo. Te diré que cuando la vi, los tonos de los demás colores se opacaron con su magia hasta quedar inmersos en un mundo aparte...

Quedé parcialmente ciego en una parte de esta historia, así que algunos detalles quedarán omitidos por ese defecto. Sólo unos colores permanecen descritos en mi mente con exactitud y los podría recitar mil y un veces; el gris de sus ojos es el mismo que el del mar batiente admirado por el hombre más solo del mundo, el café de su cabello es el de una hoja de otoño que se despide con gracia de su árbol y su piel es del mismo color que el de la nieve cuando la esperan en Navidad. Sus labios son la luna sonriente.

Conociendo los colores de Cielo, los demás parecen vanos, así que te pido una disculpa si no te parece clara mi narración de los hechos; quizá mis palabras son derivadas de lo que el amor puede pintar...y mantener lo demás sin significado.

Capítulo I

La danza de los cisnes negros

La bailarina despierta de su letargo como una luna que ha sido acosada por el sol por milenios y milenios. A su lado, hay una jaula con los barrotes oxidados por el tiempo y la amargura. Alrededor del escenario, miles de plumas negras vuelan al igual que la ceniza mientras las sombras intentan apresarla.

El tutú hiende el aire en cada movimiento inconexo y mecánico de la princesa olvidada. Se mira las manos, las piernas, inspecciona su cuerpo sin saber que hacer: bailar o encerrarse entre los barrotes. Ella ve que las sombras son muchas, oscuras e impertérritas en su deseo de desterrarla de la luz, por lo que se levanta con una fuerza desconocida y empieza el baile barriendo las plumillas a su paso, con unas zapatillas níveas. *Un trompo blanco en la oscuridad.*

La Princesa de la Jaula se exaspera cuando comprende que las sombras siguen allí, aliadas a la fina luz que se cuele por las espesas cortinas del teatro. Su indumentaria cristalina parece fisurarse y las plumas le recuerdan a arañas que intentan escalar por todo su cuerpo. *Las sombras la invitan a su danza.* Se dirige al centro del escenario —el lugar medio entre el refugio o el mundo exterior— y su rostro se hunde en la desesperación. Las piezas mal puestas de su cuerpo abren paso a la conmoción, allí donde sus brazos reciben la poca luz existente para despedirse de ella y todo el plumaje negro se cierne sobre su cuerpo cubriéndola completamente. Otra cosa; su espectáculo me dice algo. Me dice que ella es una bailarina construida por oxidadas piezas de acero y que tiene miedo de bailar *con él*. ¿Y si se sueltan todas las piezas? ¿Y si el amor no la sujeta como es debido? Pero, a su vez, ¿no será peor morir oxidada por el tiempo? Se levanta y lo espera.

«Morir oxidada por el tiempo pensado en él me apartaría del mismo tiempo.»

Ahora es una emperatriz de las sombras. Ya no necesita de esa jaula. Las sombras la cuidan. Su antiguo tutú se deshace en una lluvia de cristales desparramados por el suelo de madera y más alas de las sombras se adueñan de su cuerpo.

Pero las sombras se aterran cuando llega más luz al escenario. Un joven corre hacia ella, la atrapa, la sostiene en alto e inspecciona qué le ha sucedido a su *ave mecánica*. «Quizá solo quiso escapar y se encontró con sombras. Y le cambiaron las plumas».

Él, con su torso desnudo y esculpido con las aristas más precisas del mundo, fusiona su pecho con el de ella, intentando despertarla de nuevo. Algo más: la invita a volar. Recorre con un beso cada centímetro de su piel hasta ahuyentar a las horribles sombras, le despierta con un estremecimiento cada movimiento de su cuerpo y, cuando la deja desnuda de sus terrores, ambos son libres para volar. *Desnuda. Vulnerable. ¿Quién no se siente así cuando se enamora?* Es ahí cuando la frágil bailarina —ahora acunada en el robusto cuerpo de su compañero—, comprende que no la quiere capturar en esa jaula herrumbrosa, sino que quiere volar con ella. —*Juntos, sin sombras. Él haría todo por alejarlas.*

La bailarina entiende también que el calor de Mik podría fundir a cualquier tiniebla, pero tampoco olvida lo que sintió cuando las plumas negras se posaron sobre su cuerpo.

Camerino de Cielo. Diez minutos después. La mejilla y todo su cuerpo arden por el contacto con Mik mientras se desmaquilla. Se ve en el espejo, llora, se alegra, recuerda y se enciende en el fuego de todas las emociones, pues, como ella sabe, después de una danza queda una cicatriz.

Una cicatriz de las sombras. Otra cicatriz por parte de las caricias de su compañero. Y una cicatriz más por el sentimiento de la interpretación. Esa interpretación tenía un significado muy especial para ambos. La respuesta aguardaba en sus pasos, en sus estremecimientos, en la forma en que respiraban.

«Después de una danza, tus pies comienzan a apreciar mejor el suelo que pisas y a tratar de pisar el cielo con cada movimiento de ahí en adelante. Y al recordar a Mik con el peso de sus latidos, siento que he rozado todos los cuerpos celestes».

Ella no sabía cómo moverse en un mundo oscuro hasta que lo encontró. Él fue hacia ella y caminó con seguridad. La acunó en sus brazos. Ella se estremeció. La respiración de Cielo era cortada; la de Mik, tan profunda como si todos los respiros fueran hacia ella para mantenerla viva.

Si la vida era un baile, no quería danzar sola. Tampoco quería que los pasos terminaran, que la boca de una vida exterior la engullera. Quería que le apartara a besos cada sombra y que la rescatara del letargo para sumirla en uno más profundo. En un sueño con él, bailando.

Capítulo II

Las sombras que se quedan

MARIPOSA NEGRA

Croma es el del Mundo de los Mil Colores. Es un mundo muy diferente al que pertencí años atrás; tiene todos los colores que puedas imaginar y hasta los más ilusorios. Desde los follajes de los árboles hasta los colores de carros compactos, desde un edificio hasta un vitral. Incluso los humanos tienen su color; los apasionados, el rojo; los maléficos, el negro; los puros, el blanco; los soñadores, el verde... Aquellos que no tienen ningún color pronto corren por un grandísimo sufrimiento, pues todo el mundo los aleja como si fueran... nada. Retomando, Croma es una ciudad muy contradictoria, ya que de día puedes apreciar los colores más intensos del amanecer y en la noche estar preso entre los amargos colores de la noche. Eso, pienso, es la razón por la que las personas son así de...pringadas; le temen a todo lo que tenga relación con el blanco o con el negro, los colores del principio y del fin, los que le dan intensidad su lienzo o le quitan color, ¿cuál quita y cuál intensifica? Ahí su incertidumbre, ahí su odio hacia los que somos distintos. Habrá más tiempo de describirlos por sus propias acciones...

La historia que me toca relatar es la de Cielo, una chica de dieciséis años que no ha encontrado su color hasta el momento. Por pesimista realista, te diría que sí ha encontrado uno; el color del dolor. Su madre, Elenita, una anciana con el cabello cano como un nido de hilos blancos, está interna por un coma. Necesita del color rojo para despertar, aquel color que le apasione para resurgir y volver a luchar, pero, ¿te imaginas que deje sin pasión a media ciudad?

Al parecer, ese es el trabajo de Cielo. De eso yo no me ocupo. Ella está aferrada en absorber el color de la pasión a cada uno de sus enemigos — aquellos que se han burlado de ella por su condición— y así darle la medicina a su madre para volverla a abrazar. Elenita, al parecer, es de las pocas personas que miran a través de ella y creen que han visto un esplendoroso arcoíris. Te diré la verdad: Cielo es transparente ante los ojos de todos; no

tiene una pasión para levantarse cada mañana, no tiene amigos a los que hacer reír ni a nadie a quien pueda amar. Quizá al olvido.

¿Qué dices? ¿Tiene a Mik? ¿El chico con el que bailó? No; él le rompió el corazón. Sí, ambos querían volar, pero eso era imposible cuando uno de los dos tenía las alas rotas. Te contaré como se las rompieron a Cielo:

BREVE DESCRIPCIÓN DE CÓMO SE LE ROMPIERON LAS ALAS

Era feliz hasta que entró al colegio. Decenas de ojos torpes no se atrevían a ver dentro de ella y la idea de que una persona fuera de lo más notable siendo invisible los aterraba. ¿Viviendo tantos años intentando pulir su color para nada? ¿Para que una incolora humana tuviera más encantos que los que habían nacido con ellos? ¿Una humana restándole importancia a los colores? Si en la vida no importan los colores, ¿qué es lo que importa? Otra demostración de las causas de su odio: los inexplicables entresijos de la nada, el misterio del blanco, el misterio indescifrable de Cielo.

El padre de Cielo murió y quedó sola con su mamá, hasta que un día se le apagaron los colores por tiempo indefinido, en un trágico accidente de coche. Los colores de Cielo se perdieron con ese hecho y sería más difícil encontrarlos a partir de entonces. Buscó en el ballet una oportunidad para acercarse tan siquiera a un atisbo de tinte entre coreografías, telones, tutús, zapatillas y sueños rotos. Encontró un arcoíris, pero se apagó de pronto en un cielo indiferente. Para no precipitarnos, lo contaré después o, mejor, dejaré que lo explique ella; la más adecuada para hablar de las heridas. Ahora, lo que interesa fue que pérdida tras pérdida los días fueron perdiendo tonalidad; sus compañeros la marginaban, se burlaban de ella, la hacían más invisible, en pocas palabras. Un día, Ararat, su cambiante amiga, la bañó con un bote de pintura en medio de todos sus compañeros en una función de baile. No contaré más que esto: Cielo lloraba tanto que parecía no necesitar bañarse para quitarse esa pintura.

Durante la música de *El Lago de los Cisnes* de Tchaikovsky, Ararat vivió por última vez lo que era estar por encima de los demás; al pararse de puntillas se fue hacia atrás y los huesos del tobillo crujieron de un modo tan estruendoso que todo se apagó.

«Deberías de cambiar el título por *El Lago de las Lágrimas*» —quiso gritar Cielo.

Quién diría que Cielo se vengaría de todos enseñándoles que caerían algún día como esa bailarina destrozada.

Todos olvidaron a Ararat. Todos la despreciaron cuando quedó coja. Hasta sus sueños se burlaron de ella.

Capítulo III

Dile adiós al único color

MARIPOSA NEGRA

Imagina que alguien te roba el único color con el que pensabas dibujar la historia de amor más pintoresca sobre la faz de la Tierra. Ahora imagina que caen gotas enormes, colosales, cargadas de odio, sobre el lienzo y arrastran consigo a ese color destrozado hasta diluirlo. Algo así pasó con la historia que quiero contar. Esta historia no nació a primera vista; fue amor a primer latido de corazón, porque a partir de entonces, sus corazones empezaron a latir al mismo ritmo. Mikken y Cielo se conocieron en la Academia de Ballet de los Cristales Blancos...

LO QUE PASÓ DESPUÉS DE UN AÑO

El cielo es demasiado pesado; las nubes luchan contra su agobio amenazando con estallar. Las Brisas buscan refugio en un lugar donde no se escuche la tristeza de los protagonistas.

—Te necesito ver dentro de poco o mucho con un color que no se tiña de rencor —dice Mik—, y necesito alejarme para buscar la cura a mi ceguera. —Cielo lo notaba en los bailes; la torpeza con la que salía de los bastidores, los parpadeos, esos apretones contra sus joyas verdes. *Ciego para no verla jamás bañada de un color.*

—Prometo que buscaré ese color, Mik —asegura Cielo. Lleva sus manos hasta las de él porque es ahí donde quisiera refugiarlas para siempre—. Pero prométeme que volverás para verme a mí y a esa historia que dejamos sin pintar.

—Lo prometo. —Le aprieta más fuerte las palmas—. Quiero verte, Cielo, sin esas ganas de venganza, sin esas lágrimas que bañan tus mejillas, sin esa tristeza. —Le recalca—. Cuida de mamá, cuida de ti, cuida de nosotros. Sería muy triste recuperar la visión para observar una lucha fallida.

—No será fallida mientras te recuerde, porque cada vez que vea tu reflejo

en algún rincón de mi memoria me veré contigo, feliz. En cambio, mientras luce en medio de la tormenta no podré hacer nada más que ansiar ese refugio cálido entre tus brazos. —Las lágrimas manan incontolables y se desbordan en algún lugar entre el olvido y el hasta siempre—. No podré moverme sin ti; siempre seré esa muñeca mecánica corroída por dentro, enjaulada, lamida por las sombras. Sin ti viviré atropellada, mullida...hasta que me encuentres y me des ese fuego para despertar y danzar contigo. No me dejes Mik, Mik, Mik... —Sus corazones retumban, sus sueños se gritan y no queda más que el vacío entre ellos; una brecha larguísima.

—No puedo quedarme contigo por ahora; entiende que mientras estaba contigo me carcomía por dentro el no poder verte sonreír. Todo era hermoso, sí, inclusive tu felicidad era tan clara que parecía dibujarse ante mis ojos... pero. —Otra vez las gotas de agua cayendo hambrientas—. Pero te amo, te amo y te llevaré en esta lucha como si fueras mis ojos, porque sin ti ahora no vería mas que oscuridad. Le has dado a mi vida invisible miles de colores; el color de una sonrisa, el de un mechón risueño que se esconde detrás de tu oreja, de ojos rebosantes de alegría, de mejillas sonrosadas. Cielo, eres mi estuche de tizas y mi cielo de mil colores.

El tren exhume al cielo nubarrones de despedidas blancas, tristes y sinceras con desprecio. Las vías de la Estación Café se dibujan al igual que dos labios despegados para siempre.

—Hasta siempre Mik. —Pecho contra pecho, palma contra palma, corazones latiendo como si quisieran juntarse, labios sellados en la eternidad. Y recuerdos gritando.

Las nubes de vapor se lo tragaron mientras desfilaba hacia el andén cargando con la culpa por haberla dejado sola, preguntándose qué haría falta decirle, haciendo un recuento mental de todos los momentos que se amarrarían a ellos en medio de la distancia.

Y de lo que los podían separar en medio de las sombras.

¿Ahora ves que no suelo ser romántica todo el tiempo cuando hablo de ellos?

Capítulo IV

Los trenes que llevan recuerdos

Cielo apretujaba prenda contra prenda dentro de la maleta. Cuando cerró la cremallera se hizo un bulto tan grande que parecía que la maleta iba a vomitar en cualquier momento. Tomó la maleta, su bolso, verificó una vez más que todo quedara en orden dentro de la casa y agarró el teléfono para hacer una última llamada.

—¿Hablo con la Señorita Maggie? Soy Cielo.

—Sí, al habla. Me da gusto recibir su llamada, justo estaba por marcarle para decirle que ya se ha reportado una joven para cuidar de su madre mientras usted se ausenta. Todo está en orden, puede estar tranquila.

—No sabe cuánto me alegra escuchar eso —responde Cielo—. He dejado en la cuenta bancaria el dinero suficiente para el pago del hospital y si hay cualquier emergencia en un momento iré a dejarle la dirección donde me hospedaré. Nos vemos luego.

Inspeccionó con un largo vistazo el lugar por última vez; todo protegido con mantas blancas como nubes caídas. Giró el picaporte, recibió al aire matutino y se internó en el ajetreo de las afueras de Croma.

Croma reflejaba los rayos de sol sobre sus superficies de vidrio y asfalto; toda la ciudad estaba construida de esos materiales, las casas con decenas de plantas en el porche, los edificios (algunos como cúspides, otros tan largos al igual que puntillas de lápiz) con ventanas tan largas como bocas y superficies policromáticas y las carreteras que vadeaban montañas verdes o se abrían paso entre las construcciones de ladrillos de mil colores también jugaban con esos tintes arrastrándolos consigo.

Cielo nunca había atestiguado un espectáculo tan lleno de vida. En las afueras de su casa —donde había crecido— el color residía en los muros grises y opacos de la ciudad, de la *normalidad* civilizatoria. En cambio, estar en Croma era un regalo de los dioses, *de las Brisas*, todo carmín y olivo, todo tenue y explosivo a la vez, como si no tuviera contenciones. Incluso sus gafas no la protegían de tanto resplandor y en su mente siempre se hacía la pregunta *¿si he viajado hasta aquí, podrá esta capital desprender un poco de su color para dármelo a mí?*

Sin embargo, como toda ciudad consciente de su belleza, estaba claro que no sería fácil en su travesía poseer esos tonos: su lucha sería larga y sus batallas internas, más difíciles de superar.

¿Podría recuperar todo lo perdido? ¿Podría recuperarse a ella y al amor que había dejado atrás?

Capítulo V

Los colores de la nieve

❧ HABÍA UNA VEZ... ❧

Había una vez una chica a la que las despedidas le causaban lágrimas de dolor. El dolor se convirtió en una nube blanca y gigantesca que viajó hasta el cielo y llegó tan alto hasta reventar.

La nieve caía como trozos de papel en medio de un cielo plomizo y rojo a intervalos. Toda la ciudad de Croma quedó sepultada; desde los rascacielos hasta los arbustos más diminutos. Los estadios parecían surtidores de nieve, las carreteras serpientes blancas y las montañas pirámides con los últimos rastros de metal dorado.

En toda la historia jamás se había registrado algo así: el blanco en el ambiente era un color extraño, repulsivo. Ahora que todos veían a sus colores sepultados bajo ese manto, la reacción resultó caótica; los días de todas las personas se teñían de ese color monótono, el cielo parecía desvanecerse y los campos verdes sólo fueron una extensión más de nieve.

Era todo tan blanco que se podía confundir a la Tierra con un cielo tupido de nubes. Era tan blanco que todas las personas olvidaron sus colores.

En medio de remolinos blancos el tren paró los traqueteos y las puertas cedieron con un *crac* llevando al aire fragmentos de escarcha.

Cielo bajó del compartimento su maleta, la arrastró hasta la salida (en medio de cortinas de cuero y lana de las decenas de abrigos que acobijaban a personas) y luego se internó entre la confusión de viandantes. Cuando salió y desgarró con su cuerpo la bruma, vio que la Terminal estaba cubierta a su vez por una techumbre de metal plateado, con bancas dispersas en los pabellones tapizados de guijarros escarlata. La nieve—un espectáculo sin igual para la chica— escalaba en montones en torno a las banquetas y varios niños jugaban a lanzársela.

¿Quién diría que el mundo le haría justicia algún día? Todo el mundo era

blanco como ella o más bien, monótono, aburrido, incoloro. Pero ahora que veía la alegría de los niños con un color así, no pudo más que arrodillarse junto a un montón de nieve y lanzarlo en medio del bullicio. Las ropas de Cielo eran tan blancas que entre el níveo manto solo la maleta negra les sonreía.

Y los aterraba al verla escarbar caminos con sus llantas.

Las Brisas huyeron del cielo cuando los cristales de nieve se adhirieron a sus alas. Estas criaturas tienen un cuerpo o un eje corporal alargado, como manecillas de reloj, y alas a ambos lados del eje de una longitud inconcebible para el ojo humano y de colores sin igual; como un fuego cromático que se va alternando con el aire. ¿Alguna vez has visto un arcoíris en llamas? Pues así lucen sus alas. En los castillos flotantes se refugiaron mientras la confusión crecía. ¿A quién pertenecía esa nube blanca de dolor que convirtió a todo un mundo en un blanco siniestro? Para todos era un misterio, en especial para Elen y Rob, quienes fueron los elegidos para bajar en forma humana hasta Croma y averiguar al responsable. Los recuerdos de ambos se desvanecieron, pues todas las Brisas creían que estar en su antiguo mundo podría desenterrar memorias que a su vez podían atraparlos para siempre.

Elen y Rob se encontraban internos en una terminal de trenes en medio de un gentío apresurado. Los nubarrones de humo gris se colaban entre los pulmones de Rob, quien parecía que los escupiría en cualquier momento. Tenía una chamarra de cuero, el pelo negro y los ojos tan grises como ese humo. Se dirigió hacia un portal de concreto —donde no asomaba ni un alma—, se quitó la chamarra y abrió el abanico de sus alas con una expresión de dolor. En cuanto arqueó su espalda, una explosión de flamas emergió de su espina dorsal, batiente, haciéndole recuperar la respiración acompasada. Elen, su compañera, levantó un polvillo blanco al acercarse hasta él, pero Rob negó con su mano para hacerle entender que se encontraba bien.

—No me refería a eso. —Le reprendió Elen—. Me refiero a que te pueden ver. ¿No ves que en medio de toda esta nada es muy fácil que te vean? —Él volvió a toser, esta vez más fuerte.

—Una Mariposa...—No terminó; se sentó en la banqueta con la chamarra de cuero sobre su espalda. Las flamas asomaban tímidas—. Creo que me ha mordido. Se ha llevado un poco de color de mis alas. —Tardó un poco en

recuperarse; se llevó un pañuelo a la boca una última vez y examinó con ojo crítico a toda la terminal hasta detenerse en un punto...que no era humano... Ni siquiera tenía color; era la trayectoria de su maleta lo que lo delataba. *O la delataba.*

—¿Qué dices que te ha pasado? ¿Una Mariposa...? ¿Qué es lo que estás viendo? —Rob no dejaba de mirar ese punto borroso. Se volvió a colocar la chaqueta y emprendió la marcha en esa dirección. Ni un segundo pasó cuando los dedos de Elen se cerraron en torno a su muñeca y lo dejó otra vez sin respiración.

—¿La has visto?—dijo Rob—. ¡No tiene color! —El breve oscilar de su abrigo blanco era pista suficiente para argüir que se trataba de una persona. La maleta negra era otro indicio; se movía jalada por una fuerza que se debatía entre caminos apretujados.

—Suficiente Rob. Si quieres entrevistar a esa persona, la entrevistaremos con calma. A mi modo.

—¿Por qué tienes que imponer tus reglas cuando soy yo a quien han *mordido*? —La mordida seguía latente en sus alas escondidas.

—Porque...—dudó Elen—; creo que la conozco.

Varias horas después Cielo se sentía engullida en un sillón de plumas en una oficina de la Terminal. Sostenía en una mano un vaso de café y en otra un folleto de páginas amarillas leído en su aburrimiento y cuyo progreso de lectura marcaba con un señalador.

El anuncio describía una cabaña en las cercanías de una sierra. Cielo jugueteó con la página y la arrancó; era el destino perfecto para encontrar los colores del arcoíris.

Dejó el café en una mesa, el folleto en el sillón y jalando las asas de la maleta se deshizo de la sensación de que alguien la seguía.

A partir de entonces era ella quien seguía a alguien: al destino.

Capítulo VI

El recuerdo

CIELO

Me sentía como en aquella jaula de la coreografía; aislada del mundo, de cualquier color, de cualquier sentimiento, de cualquier ser querido. Me seguía sintiendo como la muñeca rota guardada en un baúl que nadie se atrevía a abrir. No culpo a ninguna de las dos personas que ya no están cerca de mí en el espacio, ni a aquellos que me desgarraban en el colegio en cada día de clases. Más bien me culpo a mí, por verme a veces incapaz de alcanzar los colores del arcoíris, de ahogarme en rabia contenida y no poner en la balanza lo que me podía ayudar a volar. Sí, quizá sean esas alas rotas o el aire enrarecido lo que me impida surcar el cielo.

Cuando conocí a Mik esas alas aletearon en medio de un cielo infinito. Cuando sonreía, sentía que toda la felicidad del mundo se aglomeraba entre las esquinas de sus labios y que cuando se curvaban se expandía también mi destino con él. Era esa ligereza a todos mis problemas lo que nunca me hartaba de él; soñábamos, reíamos y brincábamos en medio de nubes sin que se rompieran... Su seguridad blindaba hasta a las nubes. Hasta que enfermó.

Mi madre también está enferma, aunque de una complicación más grave. Necesita irremediablemente el color de la sangre, el rojo, antes de que sea demasiado tarde. Las pasiones que se pierden guardan ese color, por eso hice que Ararat perdiera ese sueño que no merecía. Ése rojo pasó a ser sangre. Ella pagó con esa sangre el haberme causado tantas lágrimas.

El taxi por fin frena delante de la cabaña. El chofer me pasa la maleta cuando bajo, procedo a pagarle y me quedo un momento parada contemplando la fachada del recinto. Las macetas guardan plantas de cientos de colores distintos; cuelgan desde las ventanas hasta del barrote más alto. Las rejas de las ventanas parecen brazos retorcidos aferrándose al aire y la puerta parece desencajada, como de otro espacio.

Subo los peldaños de cerámica ceniza, me sacudo los pies en el tapete de la entrada, respiro todo el aire que mis pulmones puedan abarcar y mi mano se dirige como un resorte hacia la puerta.

—¿De dónde vienes? —pregunta Rob, uno de los encargados de la pensión. La otra encargada es la Señora Elen; una mujer menuda de cabello rubio que le cae en dos cortinas y se cierne en torno a su fino rostro—. Te imaginarás que con estos tiempos no puede vivir bajo mi techo una figurita de nieve que se hace pasar por humana. —Lanzo un gesto de indiferencia hacia él hasta que escucho a Elen carraspear.

—Ignóralo, Cielo. Está un poco...desencajado de este mundo. Perdónalo. —Es como si toda la paciencia y amabilidad del mundo recayera sobre ella. Muele un poco de granos de café y el aroma torrefacto impregna la habitación.

—No hay problema...Vengo de las Periferias de Croma; busco quedarme en este lugar por tiempo indefinido, quizá hasta que acabe de nevar, ya que el viaje por carretera es peligroso. —Miro hacia la ventana, ahí donde la nieve se ha acumulado en el bordillo que antes era marrón.

—Para nosotros no hay problema siempre que ayudes trayendo lo necesario: dinero, comida y madera.

—Aceptov—digo con seguridad. Elen le dirige otra mirada para que serene sus comentarios.

—Perfecto; mañana iremos al bosque a coger algo de leña para la chimenea y lo que podamos recolectar. Hoy, por mientras, te instalarás, descansarás, comerás y harás todo lo que tengas que hacer para reponerte; mañana será un día muy duro. —Se acomoda en el sillón mullido y luego añade—: Una última pregunta: ¿por qué has venido hasta aquí?

—Para relajarme —respondo—; una muñeca de nieve no puede sobrevivir en medio de una ciudad.

—¿Y tus padres? ¿Acaso te han permitido que vengas sola hasta aquí?

—Mi padre murió. Mi madre está en coma. —Rob ni se inmuta. En cambio, Elen, quien estaba preparando el café, se petrifica.

—Rob, ven a preparar la mesa, por favor. La entrevista ha terminado.

Después de comer Elen me guio hasta mi habitación y me ayudó a instalarme a pesar de mi ensimismamiento. Rob, durante la comida, hablaba sobre historias extrañas del bosque; desde las criaturas de mil colores hasta las que los absorbían. Me dibujé en mi mente como una devoradora de esos colores, pues estoy hasta ahora dispuesta a viajar a ese bosque, rebuscar entre

piedras y árboles para encontrar a esos seres.

Nos sentamos en la cama. Los rayos del atardecer se cuelan por la ventana en una explosión de colores naranja y amarillos, como si una naranja se exprimiera en el cielo y luego llovieran todos sus rayos traspasados por la nieve.

—Ahora seré yo quien te haga una entrevista—comienza Elen—. Quiero saber la verdadera razón por la que has venido hasta aquí sola. Quiero todos los detalles.

Tras pensarlo unos instantes sin que suene demasiado obvia mi falta de respuesta, repongo:

—Busco algo...Una cura para mi madre que está hospitalizada. —No sé si continuar, pero el brillo en los ojos de mi interlocutora sólo me dan espacio para hablar. Cuando te encuentras frente a unos ojos así solo puedes abrir tus pensamientos sin miedo—. Busco...—Atisbo de pena—. Busco el color de la sangre. Es la única medicina que la puede mantener viva. Y ese color pensaba encontrarlo en las pasiones perdidas; le quité la pasión a una compañera que bailaba ballet y conseguí un poco de ese color rojo. Creo que estaba muy diluido: era una pasión de rutina, un rojo descolorido. Aprendí que no puedo destilar las pasiones que estaban descoloridas desde mucho antes, así que mi método cambió.

—¿Y quién era ella?

—Ararat. Una compañera de mi salón que me molestaba por tener este aspecto. Se mofaba de mí con sus compañeros, me hacía malas bromas, me ridiculizaba...Parecía que disfrutaba desvaneciendo los pocos colores que me quedaban. Un día, mientras ella bailaba, se torció el tobillo, pues yo le había atrofiado sus zapatillas de ballet.

—¿Qué conseguiste de su sueño perdido?

—Nada, sinceramente. Como ya dije antes: sólo un rojo sin pasión. Quitarle los sueños a alguien deja una mancha sin color en medio de lágrimas y pérdida. No sirve de nada.

—Me alegra que hayas aprendido eso, muchacha —sentencia Elen—. Ahora, ¿cómo piensas encontrar un color en medio de esta nieve?

—Escarbando, derritiéndola con una pasión que no he encontrado aún, con mi fuego interno. En medio de la nada estoy segura que esos colores resplandecerán como una estrella solitaria dentro de un cielo negro. Es fácil

para mí, que estoy acostumbrada a encontrar un hálito de vida cuando todo es blanco en mi interior; un punto perdido en la nada.

—Te contaré una historia —ofrece—, es sobre una pasión que perdí.

Cuando era más joven me apasionaba como no tienes una idea pintar. Regalaba a mis amigos dibujos a colores cuando estaban tristes o necesitaban un amanecer en un día nublado, aunque fuera pintado. Descubrí que al pintar podía darle forma a mis pensamientos y, por su puesto, colores; finas líneas que reflejaban mi sutileza, trazos que hablaban de mi exactitud, rostros que hablaban sobre lo que nunca tuve valor de decir.

En un cumpleaños mis padres me regalaron toda una pared para que pudiera pintar un mural. Esa pared estaba en la planta de abajo; un lienzo blanquísimo esperando que le diera color para regocijarse entre ellos.

Dibujé un arcoíris en medio de una ciudad pintoresca, con puentes que estaban contruidos de tiza, con palmeras tan largas como pinceles y playas extendidas como platos de arena y agua.

Sin embargo, como todo en la vida, llegan los días tormentosos. En la región donde vivía llovió como no tienes una idea. El agua entró a nuestra casa a raudales y lo que le pasó a la pintura fue que se desvaneció en gran parte. Pero no lloré, ¿sabes por qué? Sucedió que a mi hermano pequeño le daba miedo morir ahogado, así que lo llevé de la mano a las escaleras y desde allí contemplamos el mural —arrancado de la pared—. Lo que él vio no fue el mural corroído por la lluvia con sus colores arrebatados; él vio que en el mar nadaban los colores que antes estaban pegados a la pared, vio que seguían allí, apagados, sí, pero dándole a la lluvia mala colores que a lo mejor jamás tendría.

A lo que quiero llegar es que cuando posas tus ojos en otra dirección dejas atrás al miedo. Él puso los ojos en los colores que nadaban y yo en la pintura que perdía. ¿Ves cómo son los ojos de un niño? No ven la pérdida, sino lo mejor que queda después de eso.

—Finalmente, Cielo, quiero que sepas que a pesar de que un color se pierde en el mar, deja un rastro, una mancha que exclama que alguna vez

existió. Son los recuerdos los que nunca se desvanecen, son esos colores que a pesar de aparentar su huida dejan una secuela en medio de la nada: una manchita por más pequeña que sea, estará ahí, en el mural que es tu corazón.

Me aprieta la mano con fuerza y no puedo reprimir un sollozo. ¿Cuántas veces miraba hacia mi interior y no me atrevía a hurgar en el abismo blanco? Quizá por el hecho de que todos odiaban ese color me contagiaban el miedo de mirar. Ahora que Elen me dice eso, hay una esperanza de encontrar mis colores y luego cederle el rojo a mi madre. *Quedan manchas de color dentro del mar blanco, como gotas de crayones sobre un lienzo puro.*

—Gracias Elen. Me has ayudado a comprender lo que siempre he querido comprender; que una tiza al romperse deja un polvillo y que cuando gotas de agua quieren desvanecer ese rastro, pueden crear corrientes de color. ¡No estoy perdida del todo! ¡No estoy borrada de este mundo! —La abrazo como si toda la confianza tuviera origen desde años atrás.

—No me agradezcas nada. —Aprieta más el abrazo.

—Quiero preguntarte algo ahora... ¿Qué es lo que ves cuando me miras?

Seguramente Mik hubiera respondido: *«Veo el gris de un cielo en tu mirada, el blanco de las nubes en tu piel y la caoba más brillante del mundo en tu cabello. Veo en ti lo único nítido y definido en un mundo falso, oscuro. No necesito gafas para verte; tienes forma ante mis ojos incluso cuando no te miro. La tienes en mi memoria.»*

—Veo en ti al blanco más puro y en ese blanco veo una mezcla de colores indefinidos que a veces se prenden y a veces se apagan. Veo en ti una lucha entre lo que eres y lo que fuiste. Los colores de lo que serás los estás empezando a buscar. Están empezando a asomarse.

—¿Y eso es bueno? ¿No haber nacido con un color en específico?

—No es malo. Para nada. Atreverse a encontrar lo que todos los demás tienen por nacimiento y lo que no tienes tú y que deseas es el mayor tesoro que te puede dar la vida. No te doblegaste por el destino que te tocó, eso es admirable. Pero recuerda: los anhelos no llegan rápido. Recuerdo que cuando pintaba, si a mi lápiz le sacaba mucha punta se quebraba. Si apresuras tus metas puede que se afilen demasiado, se quiebren y te hagan daño: necesitas que tu madera se fortalezca y que la adversidad no te afile demasiado de prisa.

Se abre el silencio. Me impresiona la veracidad con la que habla, la seguridad de sus palabras y lo genial que me hace sentir a pesar de habernos

conocido hace poco. Jamás había pensado encontrarme con una persona así.
Me imaginaba solitaria y eso dolía.

—Elen, ¿por qué confías tanto en mí?

—Porque...porque siento que te conozco desde hace una vida.

Capítulo VII

El Bosque Susurrante

Al día siguiente Rob y Cielo recolectaron toda la madera que pudieron echar dentro de la carretilla y toda la fruta que cupo en sus alforjas. Llegaron a la cabaña —que se fundía con los vapores de la cocina—, ella ayudó a Rob a apiñar la leña y se sentó en una de las sillas de forro naranja. Había un periódico con una noticia que llamó su atención.

UN CAMIÓN CAE DE LA BARRANCA MARRÓN: HAY DOS HERIDOS

Croma. Periódico Carmesí. 9 de junio.

El conductor de un camión Nube Blanca perdió el control de los frenos y fue a parar al fondo de un río cerca de la Sierra Perla durante la madrugada. Según los reportes médicos, dos jóvenes perdieron los colores de su cuerpo.

Este accidente se suma a otros acaecidos por las intensas nevadas. El pánico florece en la ciudad: nadie sabe en qué momento quedarán opacados sus colores por el horrible blanco de la nieve.

Después de comer, Elen fue a lavar los trastes, mientras que Rob llevó a Cielo al Bosque Jade. Ahí —para sorpresa de la chica—, Rob le enseñó a usar el arco poniendo sobre los árboles bolas de nieve como dianas. Los pajarillos relucían como las joyas perdidas de un joyero, los árboles se sacudían la nieve de las ramas que chasqueaban y el manto blanquecino se extendía hasta perderse en las montañas.

—Un poco de diversión no hace daño a nadie —dijo Rob—. Es por eso

que te enseñaré a usar este instrumento para que te diviertas lo que quieras en este bosque y no corras ningún riesgo de muerte. Sería muy poco el pago de un día, chica.

Pasaron cerca de tres horas hasta que Cielo acertó en todas las dianas sin fallar ni un tiro. Finalmente, Rob le cedió el carcaj cargado de flechas y el arco para que pudiera pasar un rato internada en ese espacio boscoso.

—Está bien, gracias por enseñarme. Avisa a Elen que llegaré más o menos al ocaso.

—Espero aproveches las lecciones y traigas un buen botín —dijo Rob en tono de despedida.

Cielo corrió vadeando las montañas en dirección al Río Turquesa. La sensación de libertad se mezcló con la sensación de estar protegida por el arco, a pesar de que las manos le escocían horrores y estaban adornadas con pequeñas erupciones. Los guijarros salían despedidos cuando los golpeaba con sus botas de cuero acompañados por la fina llovizna matinal y las ramas que crujían. Cuando estuvo cerca del precipicio observó con gusto lo que se extendía bajo sus pies, a varios metros de distancia: un río congelado, atragantado a su vez con un velo de mil colores de los dos heridos en aquel accidente. Entre esos colores estaba el rojo.

—¿A dónde ha ido Cielo? —preguntó una angustiada Elen.

—Ha ido a dar un paseo. Este clima la aburre demasiado y la verdad, no la quiero ver haciendo nada. Le ordené que no viniera con las manos vacías.

—¿Es el segundo día y la obligas a traer más víveres que los que tú has traídos desde que llegamos aquí? Estás muy equivocado.

—Sea lo que sea —atajó él—, no me gusta para nada esa chica: sospecho que fue ella quien me arrancó ese trozo de color en la terminal de trenes. ¿Quién si no ella que es imperceptible?

—¡No es imperceptible! Te prohíbo que la vuelvas a llamar así. Si hubiese sido ella me había dado cuenta, yo, que sí me atrevo a ver dentro de ella. Es mejor que nos preocupemos por cuidarla de las Mariposas Negras.

—Le dije que no se internara en lo más profundo. —Las Mariposas eran seres oscuros que se hospedaban en las cuevas del Bosque Jade para asaltar por sorpresa a sus víctimas y extirparles todo su color. Después del color blanco eran lo más terrorífico, para los demás. *Oh, cuánta ironía.*

—A mi parecer, sólo quieres tenerla lejos.

—A mi parecer, su blancura me lastima la vista: es tan...insoportable

verla cuando has visto colores y más colores que reflejan vida. Ella solo refleja miedo, inseguridad, dolor...

—¿Y acaso eso no es algo? En tu lugar estaría agradecida por ver cómo esos sentimientos no la consumen. Ella sigue etérea a pesar de todo lo malo que le ha pasado. Es como si fuera una hoja de papel sobre la que hay restos de carbón negro; no hay nadie que pueda remover ese dolor sin dejarle manchones.

—Pues es mejor que aprenda a quitarse esos manchones ella misma, porque todo te abandona en esta vida, inclusive cuando hay sombras nuestros colores huyen.

—Rob: si no fuera por el cariño que le he cogido a Cielo te abandonaría sin pensarlo.

—Me alegra que retomes ese punto —se enderezó en la silla y dirigió una mirada gélida hacia Elen—: porque para eso hemos venido; ella provocó esa nube blanca que hundió a Croma en un invierno perpetuo e incoloro. Si voy por ella al Bosque será para...

—Vete al demonio con tu “misión”. ¿No crees que es tiempo de que esos humanos valoren de una vez los colores que tienen sobre sus cuerpos y no los que hay alrededor? Es mejor que se valoren ahora, porque sus colores son casi permanentes; es lo único que los puede hacer felices. Dejémoslos que aprendan de una vez que a pesar de que haya blanco a su alrededor, ellos aún pueden brillar y destacar entre la nada.

—¿Entonces por qué te aferras con que Cielo siga viva?

—Porque ella no sólo tiene blanco a su alrededor—contesta—: también lo tiene clavado en el corazón y tiene que llegar un momento en que esa astilla se desvanezca.

El río estaba congelado. Debajo de los cristales de hielo —*con cicatrices por doquier*— estaban los riachuelos de los colores que habían abandonado a aquellas personas de la noticia. «No pudo darle un rojo perdido de nuevo —se dijo Cielo para sí—: tengo que ganármelo por mi cuenta».

—Ven con nosotros —dijo una voz a su espalda—. Ven y gana con esfuerzo lo que estás buscando. Tenemos todos los colores que imaginas. Aquí es donde nace el arcoíris.

Cielo se giró de prisa en dirección a esa voz rasposa, antinatural. Una rama la invitaba a pasar al gran Bosque. Era un Árbol Susurrante.

Capítulo VIII

Dibujos a lágrima viva

CIELO

La rama nudosa me roza el borde del hombro y me sobresalta. Alzo el arco cargado en automático en su dirección, aunque estoy tan paralizada que mis manos parecen de piedra. El árbol sigue hablando invitándome a sus dominios: un claro con flores moradas, césped que quiere alcanzar al cielo y un tronco desnudo al fondo de todo. El árbol parece tener dibujado en el tallo un rostro —definido por las cicatrices de madera— que se mueve articuladamente con cada palabra.

—Ven, pasa —me ofrece—. No hay nadie que te pueda hacer daño.

Llevo el arco a mi espalda. Los ramalazos de miedo se desvanecen a medida que las hojas doradas crujen bajo mi peso. Me hundo en la nieve. Se queja.

—Hemos visto que buscabas algo debajo de ese río. Quisiera saber qué es lo que buscas. —Se tuerce en mi dirección. Sus ojos son dos almendras cafés.

—Co...colores. —Me muerdo la lengua para no tartamudear—. Busco colores que quedaron sepultados bajo ese río que ahora es un cementerio de nieve: el hielo lo cubre todo. ¿Cómo puedo recuperarlos?

—Me temo que el sol no saldrá hoy —arguye—: tardará. Así que lo único que podrías hacer sería esperar a que un fuego cayera del cielo. En ese caso ardería todo este bosque y no sería conveniente para los dos, ¿verdad? —Hace la pregunta con malicia.

—¿Para los dos? No, de ninguna forma pensaba...

—Sé qué es lo que harías para sacar esos colores de allí: escarbarías con tus propias uñas y como no podrías quemarías todo este bosque para que rodaran los troncos y derritieran todo ese hielo. — La voz del árbol es escalofriante, como si lo obligaran a comer rocas. Retumba, se alza al cielo en una melodía atrofiada.

«Sí, sí lo haría: quemaría hasta al cielo con tal de ver a mamá con vida»
—pienso en lo más profundo pero me quedo callada.

—¿Por qué los humanos piensan que los colores sólo les pertenecen a

ellos? ¿Se han olvidado de los amaneceres en los que el sol desprende oro líquido? ¿O de la luna que parece desangrarse? —«*Interesante. Viajaría hasta la luna para recoger esa sangre. Lástima que no tenga alas*»—. Sí, parece que los humanos sólo tienen ojos para ellos. ¿Qué dices tú, princesa de cristal? ¿Tú sí reconoces que no solo ellos pueden resplandecer?

—Lo reconozco. Lo he vivido siendo...una chica sin color. Cuando eres así, incolora, parece que hasta los colores generan oscuridad.

—Interesante —replicó el viejo árbol—. Porque te tengo una buena noticia: somos de esos seres que podemos crear colores por nosotros mismos. Somos los Árboles Susurrantes, aquellos que cantan, danzan y dan frutos de miles de colores distintos. Sin embargo, debido al invierno, nuestras ramas se están cansando y las hojas cayendo; necesitamos danzar para revitalizarnos y resistir a este crudo frío.

—¿Me estás despidiendo...?

—No, camina hacia el tocón. Hay un regalo para ti.

Camino hacia el centro del claro, ahí donde unos destellos turquesa rechazan los rayos del sol. Las flores y el pasto me acarician las piernas con un cosquilleo sutil que me produce una sonrisa. Cuando estoy frente al tronco la sonrisa se ensancha. Los destellos azules se debían a...

—¿Unas zapatillas de ballet?

— ¿Puede nuestra alteza danzar para nosotros y ser a la vez parte de nuestra danza?

«*¿Qué pasa cuando los árboles bailan? Desprenden frutos. Los frutos equivalen a colores*».

Levanto las zapatillas y puedo imaginar que el brillo me acaricia el rostro.

—¿Los árboles pueden cantar?

—Claro; podemos hacer que el viento nos obedezca y entone cualquier melodía.

—*Für Elise*—ordeno mientras me despido de mis botas.

EL BAILE

Las zapatillas se hincaban en la nieve, brotaban y volvían a hundirse como clavos. Los surcos en el suelo blanquecino parecían los cabellos de un corcel de cuento de hadas y las zapatillas, dos estrellas azules que caían sobre la Tierra.

El viento que silbaba entre los resquicios de las ramas generaban cierto ritmo en la Für Elise; a veces apagado y en otras enérgico, por lo que la bailarina se acostaba en la nieve y después se paraba de puntillas para correr más rápido que una ventisca.

Los cristales de nieve simulaban estrellas que caían al escenario y cruzaban la vista con la bailarina. Ella se fundía con su alrededor, con sus brazos que rendían pleitesía al viento y le robaban caricias, al igual que sus pies que hacían sonreír al suelo. Las ramas de los árboles se movían con placer; algunas tronaban, otras se alzaban. Los frutos se rendían a la gravedad, le decían “queremos besar los pies de tan bella danzante”. Ella los recogió, los acarició y se dejó seducir por ellos hasta que vio su reflejo en su superficie lustrosa y dejó de bailar.

—¿Has parado por un simple reflejo, niña? ¿Es por eso que vives infeliz? ¿Acaso en tu vida solo eres feliz en los momentos en que te ves bella en un reflejo? Pues haz de saber que a veces los recuerdos se desvanecen y no queda ni tu sombra.

Las raíces de todos los árboles se abren paso bajo la nieve cuando hube parado de bailar; se aferran a mis tobillos y me hunden en la nieve sin dejarme salir. Cualquier movimiento que hago o me retuercen los tobillos o me queman la piel por el frío. La nieve llega hasta mi pecho. Si todavía conservara ese fuego interno del baile, toda esta nieve se derretiría en un segundo.

«¿Y si bailas debajo del hielo?».

El árbol que me invitó a bailar se ríe de mí.

—¿Así que bailabas para obtener esos frutos huecos que solo brillan por fuera? ¿Por qué te dejaste guiar por las apariencias?

—Cumple con tu trato —grito lo más fuerte que puedo—: dijiste que mientras bailara para ustedes me darías los colores que busco.

—Es ahí donde fallaste —dice el árbol—; bailaste para un fin, los frutos. No bailaste para contagiarnos tu pasión.

—¿Eso qué tiene que ver? —Las lágrimas saladas se me convierten en hielo—. ¿Qué ganas con esto?

—Darte los colores que buscas, alteza. Llámame Melion, ése es mi nombre.

—¿Pero qué te cuesta darme tan siquiera uno de tus frutos? Ya he bailado

lo suficiente como para que se alegraran todos tus compañeros... Ya, basta.

—¿Y te alegraste tú? Los colores no funcionan si no tienen punta o si la madera está hueca. Para encontrarlos hace falta algo más que la búsqueda... A lo mejor para encontrarlos basta con no saber que los estás buscando.

»Si te hubieras dejado llevar por la música del viento y no por tu exasperante deseo de búsqueda quizá te hubieras salido con la tuya. Cerrar los oídos para meterte en la cueva de tus pensamientos a veces hace daño; puede estar sonando la melodía más bella y puedes estar ignorándola.

La parte inferior a mi pecho está petrificada. Mi respiración se entrecorta. El hielo llora.

—No saldrás de allí hasta que te desahogues. Tendrás que sacar todos tus sentimientos negros, porque aquel que se queda con rencor no puede avanzar más por este bosque.

En este momento llueven pergaminos en mi dirección como láminas de plata hendiendo al aire. Caen con sutileza al lado mío, a una distancia prudencial para poder cogerlos.

—Quiero que cada una de tus penas quede plasmada en un dibujo. Uno en cada página. Luego el viento se los llevará. No quiero ver ni un sentimiento de dolor en tu corazón, no me importa que la sangre se te congele antes de que lo logres. Si tus sentimientos tuvieran forma, ¿qué forma tendría cada uno?

—Espera —digo al ver que tuerce su tallo en otra dirección para darme la espalda—. ¿Con qué pinto?

—Si tus sentimientos fueran de un color, ¿qué colores tendrían?

—Pero yo...—Su respuesta es el batir de las hojas. Se ha ido.

«¿Ahora estás consciente de cómo me siento cuando intento caminar al igual que antes? Me destrozaste el tobillo y con ello mi futuro, pero ahora estás a punto de morir con los tobillos hechos polvo y las piernas hechas hielo». Era la voz de Ararat. Parece reírse de mí.

La voz de Melion hace eco en mi cabeza. *Si tus sentimientos fueran de un color, ¿qué colores tendrían?* «¿Y DÓNDE CONSIGO ESOS MALDITOS COLORES? ».

Mis sentimientos deben de tener un color, si no, ¿qué es lo que soy? Debo juntarlos y al final expulsarlos de alguna forma. El terror me carcome al sentir que mis piernas dejan de formar parte de mi cuerpo y se van hacia la masa de hielo, el cual me corta cada milímetro de piel.

Los recuerdos de esos sentimientos se desprenden como hojas de un árbol en medio de un otoño ambicioso. Hurgar entre esos recuerdos me produce gran melancolía, es igual que rebuscar entre un baúl olvidado y encontrar las historias que nunca quisieron encontrarse. Tengo que romper las barreras que me impiden reconocer quién soy. ¿Y quién soy, al final de cuentas? La chica invisible de la que se burlaban, a la que hacían a un lado, a la que la bañaban de pintura al no ser capaz de tener un color que la definiera.

Las primeras lágrimas despuntan de mis ojos y ya no se convierten en hielo; tienen la llama del dolor todavía viva, aunque fuera de mí.

Los primeros dibujos comienzan a ver la luz. Las lágrimas trazan lagos de tinta gris, ángeles que se van al paraíso, árboles que se reintegran a un suelo de recuerdos bonitos para volverse a susurrar secretos entre ellos... Cuando el árbol de las hojas tristes —cada uno de esos sentimientos es una hoja— queda desnudo, comienzo con los sentimientos gratos.

Recuerdo la calidez que sentía de pequeña en los brazos de mamá, en aquellos tiempos en que no estaba enterada de la existencia de ningún color y todo parecía de lo más perfecto. Los momentos más felices con Mikken estallan como una flor que recibe a la primavera; cada baile, cada risa, cada beso, cada abrazo... todo se aglomera y estalla ante mis ojos en forma de una pasión recuperada. Lágrimas de color se desprenden, yendo a parar al papel.

En esta ocasión se dibujan cascadas, flores, arcoíris, cielos y nubes: todo lo que se me viene a la mente cuando rememoro aquello. Si tuviera todo el papel del mundo y todas las lágrimas del universo, pintaría sobre un lienzo infinito a la inmensidad del amor.

El viento se lleva a cada uno de los dibujos, no sin antes encargarle que lo lleve a cada persona en la que pensé.

Melion voltea por fin y me dice:

—¿Aún quedan lágrimas para que me pintes un amanecer?

HABÍA UNA VEZ...

Había una vez una joven que encontró un color distinto en sus lágrimas para cada uno de sus sentimientos guardados. Y se atrevió a pintar con ellas

el amanecer más hermoso. Tan hermoso que el sol se puso celoso. Ni él los dibujaba así.

Capítulo IX

No borres el amanecer

CIELO

Cuando las raíces se retraen y me liberan siento que el agua se torna cálida, liberadora. Salgo del pozo cristalino con todo el esfuerzo mientras el viento sopla llevando consigo los montones de retratos. Finalmente, siento de nuevo a la sangre fluir y me creo capaz de ponerme de pie. Cambio las zapatillas por las botas, me cuelgo el carcaj al hombro, cojo la alforja e intento andar sin tropezar.

Antes de irme veo mi reflejo en el hielo que se adhiere al tronco de un árbol. El castaño intenso de mi pelo ha vuelto, el blanco de mi piel parece tener un resplandor propio y mis ojos recuperan un gris alegre. *¡Un gris alegre!* Ahora parece que todos mis pesares se lanzan con un color definido, brillante, hacia el cielo; una metamorfosis de dolor se abre como un capullo, vuela libre y deja en mi alma mariposas variopintas que renueva. ¡Cuánto tiempo había esperado esto!

Miro hacia las zapatillas con gesto melancólico. No quiero despedirme de ellas; son el blasón de mi pasión recuperada. Las puedo pintar del rojo más intenso cuando ría de felicidad entre los brazos de Mik. *Otra pasión a buscar.*

—Melion, tengo que irme —le digo al viejo árbol—, tengo que regresar...

—Aún queda algo que te falta saber. Has recuperado tus colores y te felicito por ello, pero falta que aprendas aferrarte a ellos; no los tienes que dejar ir aunque la tormenta se torne en tu contra y los vientos despiadados intenten borrarle todo rastro. No quiero que pase lo de hace rato cuando dejaste de bailar para observar tus colores. En la vida puede soplar el viento irascible cuando estés convencida de que ha pasado la tempestad.

—Dime qué es lo que tengo que hacer.

—Cuando menos lo pienses todo sucederá, Cielo. Aún queda lo más difícil. No creas que porque has recuperado tus colores el mundo también lo ha hecho.

—¿Puedo irme? Juro que regresaré antes de irme para danzar.

—Está bien...regresa; el invierno no pasa y tu danza es como fuego para nosotros. Recoge esto antes. —Sacude sus ramas produciendo una brisa fresca. Esferas rojas caen en mi dirección; son manzanas, rojas como la sangre—. El rojo de esas manzanas es perpetuo. Recuerda siempre que son fruto de tu esfuerzo: no son un regalo.

Un olor a azufre se cruza por mi nariz mientras me aferro a un árbol para no caer por la empinada ladera. Escucho suavemente el quebrar de una rama a mi espalda y volteo rápidamente sin dejar de escuchar. El olor incrementa.

Veó una sombra alargada, de forma humana, con las vestiduras hechas jirones y con dos alas que aletean alejando la luz. Humo plateado emana de su silueta, al igual que serpientes que salen de un nido. Piedras de colores le adornan su figura; en los brazos, en el cuello, en el cabello. *Igual que lentejuelas perdidas en una fuente.*

—No puedes irte de este Bosque sin antes escuchar mi historia —dice la sombra. Su voz es gélida, hasta aleja los finos rayos de oro del crepúsculo que baña a las montañas de tinte rosa. *Nieve blanca y rosa a la vez.*

—¿Quién eres?

—Con la historia que tengo que contarte no necesitarás saber mi nombre. Lo vi todo hace años; vi todo lo que pasó cuando tú y tu madre iban en ese coche y se fueron de pique contra el río. Vi hacia donde fueron sus colores. Ya no tienes que rogarle a esos árboles para que te cedan los colores de tu mamá. Me refiero a los colores que la despertarán, no los que la mantendrán con vida.

—¿Te refieres a los que perdió en el accidente? —El espectro no tiene rostro que mostrar: solo perfiles vacíos, negros.

—Sí, a esos colores. Yo los tengo, Cielo. Los recuperé antes de que quedara en coma.

Me la imagino arriba del precipicio en la carretera tapizada por la lluvia, viendo el color de la sangre.

—Muéstrame el camino —suplico—, dime dónde están, por lo que más quieras.

—Acompáñame.

El crepúsculo se desvanece. Me interno en el aura oscura y el bosque me da de nuevo la bienvenida. Junto con las Sombras.

—¿Rob? —*La voz de Elen suena ahogada*—. ¿Podrías venir?

—¿Qué es lo que pasa?

—¿Dónde encontraste esa leña? ¿Cómo prendiste ese fuego? —
Preguntas y lágrimas.

—*Es la leña del bosque al que fuimos Cielo y yo. ¿Por qué lloras?*

Los recuerdos sepultados emergen ahora de su encierro. Las Brisas eran...humanas hasta cierto punto: iban al cielo en forma de pájaros alargados y con alas vistosas —fuego de mil colores— una vez que el alma de un humano moría. Los recuerdos se les aislaban mientras protegían al cielo de las Mariposas Negras. Pero Elen había regresado a su mundo anterior. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que pisó esta tierra por última vez? Los recuerdos volvieron a su mente.

—*Sé quién soy —solloza— y sé quién es Cielo.*

Ambos salen a buscarla después de que Elen ha explicado todo.

Entramos a las profundidades del Bosque Jade. El claro se redujo a una mancha verde-violeta-café; ahora que estamos en una cima escarpada lo puedo ver. Hay hielo cubriéndolo todo, hasta las venas de los troncos. A cierta altura nacen rocas gigantes sobre los picos de las montañas desafiando al viento.

¿Cómo hemos llegado tan lejos? ¿Dónde dejé mi cautela? Estoy preparada para en cualquier momento estirar mi brazo hacia el carcaj y el arco ante la menor insinuación de peligro.

—Deja de mirarme así —me pide la Mariposa—; nosotras a pesar de ser oscuras, necesitamos de la luz del sol.

—Vaya ironía —replico.

—Así es. Sin sol nuestras alas no arrancan; necesitamos asolearlas para poder volar. Hasta las más siniestras criaturas necesitan de la luz para alzarse.

—Por eso llevas esas joyas sobre tu cuerpo —supongo.

—Sí. Es para recordar que las sombras podemos tener los placeres de los colores sin ser como ellos, por lo tanto, estoy a gusto con estos que tengo; no necesito ninguno de los tuyos. Y, claro, también me ayudan a captar la energía del astro.

—Perfecto, eso me alegra. —Seguimos caminando por el precipicio. Veo que los últimos rayos del crepúsculo se asoman entre las rocas redondas, gigantescas, pequeños soles enfrente de un sol.

—Te alegrará más el hecho de que ya casi llegamos. Es tiempo de bajar.

El río se abre a nuestros pies, todavía con un manto de colores atrapado bajo sus cristales de hielo. El viento helado me eriza los vellos de la nuca. Eso se une al miedo que tengo a las alturas; bajar desde esta distancia me recuerda cada detalle del accidente: las llantas gritándole al asfalto, el sonido del agua al engullir el carro, los golpes desesperados contra el cristal, los llantos...*Eso nunca se lo llevó el río.*

—No puedo.

—Te llevaré entre mis brazos, bajaremos despacio. ¿Ves aquel árbol? —Apunta en dirección a un frondoso árbol cubierto de nieve—. En las raíces de ese árbol se encuentran los colores de tu madre; yo los guardé en ese lugar aquel día.

—Bajaremos entonces.

Me aprieta entre sus brazos de humo —casi de ceniza—, tan sutiles que parecen de papel. Vamos rasgando el aire paulatinamente. Los jirones de tela me rozan la cara.

Y todo se me aclara al ver entre los árboles. Dentro de sus troncos hay calaveras que se confunden con la nieve.

«Las Mariposas Negras son capaces de absorber cualquier color hasta dejarte en un estado deplorable».

Recuerdo las advertencias de Rob al captar el olor a azufre y las muecas de sufrimiento de los huesos olvidados, acunados como bebés en los troncos.

Si muero, ¿a dónde irán mis colores? ¿A las raíces de aquellos árboles? ¿Se convertirán en frutos que algún día volverán a integrarse? ¿Iré hacia el cielo como los sueños perdidos que representan algunas Brisas? Si muero quiero que mi vida sea un sueño que viaje a lo más alto, pero que nunca muera: que toque a las nubes y al mismo arcoíris y viva para siempre ahí, en el nacimiento de todos los colores.

Hago un movimiento repentino —antes de que note mi entrecortada respiración—, hacia donde se encuentra el carcaj. Rezo porque mi mano llegue rápido, coja una flecha y la entierre en algún ojo de la bestia, si es que tiene.

Ella lo nota. Acelera en picada hacia la nieve.

—Los colores de tu cuerpo se verán mejor en un charco de sangre roja. —
Voz siniestra. Cierro mis ojos. Con flecha en mano.

La flecha se me quiebra en la mano cuando se la entierro entre la frente. La bestia aúlla y eso disminuye severamente el impacto contra el hielo. Segundos antes de la caída llevé a un costado el carcaj y el arco para que no sufrieran daño.

La Mariposa Negra aúlla; la flecha atascada en su frente rezuma humo, como una cerilla al apagarse. Con un sonido en seco se saca la punta de piedra y la deja caer en el hielo, creando un macabro contraste entre la sangre negra y el bloque gris translúcido. Se dirige furiosa hacia mí.

No puedo moverme; el hielo me entumeció la columna al caer y mis dedos rígidos solo ansían un lugar cálido. Tengo que moverme, tengo que buscar una manera de deshacerme de ella lo más pronto posible. Cae la luna con un manto amarillento.

Por el momento, me encuentra inmóvil entre la escarcha y me apresara poniendo sus rodillas sobre mis manos. ¿Cómo recuperó tanta solidez en tan poco tiempo? Sus rodillas son astillas que se clavan en mis palmas. Levanto ambas piernas con una fuerza desconocida, le doy en el vientre y rodamos en una mezcla de puñetazos, arañazos y patadas. La piel me arde, palpita furiosa cuando roza con el hielo. *¿Qué es lo que me queda para ganarle?* Mis fuerzas parecen abandonarme.

—¿Sabes a qué se deben estas joyas? —El aliento putrefacto me marea. Es como humo surgido de una estufa de leña—. Cada una es del color de una persona que maté. — En ese momento vuelve a apresarme con sus rodillas. El collar se balancea entre mis ojos como un péndulo—. *¿De qué color aparte del blanco quieres que sean mis joyas?*

Jalo en collar con mis dientes y en ese momento de distracción me libero de su peso. Ahora soy yo quien se encuentra sobre ella. Con un movimiento ágil rebusco en mi alforja hasta sentir el suave tacto con una de las manzanas que me dio Melion, pesadas como si fueran de metal.

Golpe limpio contra su sien. El hueso cruje, se queja.

—Color negro —le susurro al aire—, negro sobre rojo carmesí.

Capítulo X

El inicio y el final del arcoíris

CIELO

—Me vengaré —clama el espectro. Se alza como humo hacia el cielo estrellado—; llamaré a cada una de las demás Mariposas Negras para que salgan de su escondite y te lleven consigo, creadora de colores. ¿Te imaginas a las Mariposas con sus alas coloridas? Vivirás a su merced por siempre.

Se pierde en medio de un llanto terrorífico. Hasta el hielo parece quejarse de ese grito; la escarcha se alza y el viento la calma. Desde un lugar lejano se oye un rugido, como el de un terremoto, una tierra que se fisura y de cuya grieta salen demonios hambrientos.

Desventajas: las Mariposas vienen en camino.

Ventaja: No hay sol para que asoleen sus alas. No podrán volar. Y soy rápida.

—¿Hueles el azufre en el aire? —pregunta Elen—: Parece que son las Mariposas.

—Son, en efecto, las Mariposas Negras. —El breve entrenamiento mientras eran Brisas era suficiente para detectar el menor atisbo de su presencia. El aire se trocaba pesado, herrumbroso, difícil de respirar.

—Vamos por...Cielo. Temo que corra un grave peligro.

—No podremos contra tantas —rebatío Rob—; recuerda que la única manera de matarlas es quemándolas. ¿Intentaremos quemarlas en medio del bosque? ¿Qué todo el bosque arda por culpa de una muchachita?

—Si no lo haces por ella, hazlo por aniquilar a esos demonios.

—Eso es lo único alentador.

La función de las Brisas era precisamente eso: alejar del cielo a las Mariposas que quisieran entrar. Si estas bestias salieran de sus dominios no sería el segundo mayor cataclismo para Croma, sino su final, y ahora más

que las Brisas estaban ocultas hasta que se fuera el blanco de la nieve.

Ambos se pusieron en marcha armados y con el combustible necesario para matar a esa hueste de mariposas. El combustible, de hecho, eran sus alas: sus miles de flamas de colores.

No puedo decir cuánto he corrido a partir de que olisqueé en el aire un intenso olor a podredumbre. Los pasos de las Mariposas se oyen, a pesar de su ligereza, a pocos pasos de mí. Resuenan como batucadas en el silencio. En este tipo de situaciones —ante el retumbar de la muerte—, deseo mil veces estar sorda.

El sudor forma una capa que me escoce la piel. El frío hace que se convierta en una corriente helada que me mantiene despierta a pesar de que mis piernas tienen la resistencia de un palillo de dientes.

Las noches en Croma duran unas pocas horas, ya que el negro es el segundo color más temido y repudiado después de la nada: el blanco. Los primeros rayos de sol despuntarán en cualquier momento, me digo a mí misma para calmarme. Mientras tanto, corro sobre el interminable río de hielo, con las paredes rocosas creando un camino de sombras y coronadas por las rocas esféricas.

Me inclino llevando mis palmas a las rodillas e intento respirar más despacio. Ya no recuerdo la última vez que respiré tranquila. *¿Por qué cuando parecía que había ganado, el destino intenta arrebatarme todo? ¿A esto se refería Melion con que debía de aferrarme a mis colores?*

Guio mi vista hacia el cielo. Un resplandor me deja ciega por unos segundos. Primero pienso que se trata del amanecer, pero después mi vista se enfoca en el verdadero origen del abanico de destellos: dos pares de alas que se baten como sábanas cubriendo el firmamento de fuego multicolor.

Tardo dos segundos en ver sus cuerpos.

¿ROB? ¿ELEN? Sus cuerpos son diminutos, apenas visibles entre ala y ala. Las alas son gigantescas, como si hubiesen robado al cielo un pedazo de manto y lo hubieran pintado a fuego. Hago señas con las manos, pues el hecho de gritar podría costarnos la vida.

Al fin aterrizan.

—¿Por qué me lo ocultaron? ¿Qué razón tenían para hacerlo? ¿Qué clase de Brisas son? —Les pregunto mientras caminamos hacia una pequeña cueva

en la pared derecha.

—Son muchas preguntas, niña ilusa. ¿Pues tú decírnos qué ha pasado? ¿Por qué han salido esas Mariposas?

—No lo sé —respondo— quizá porque a las Brisas les hielan las alas un simple color.

—Cielo —exclama Elen—, por favor, no tenemos tiempo. —¿Qué es lo nuevo que hay en su mirada? Hay un atisbo de compasión mezclada con cariño. Sus ojos me reciben como fuego cuando mi cuerpo y alma están hechos hielo.

—Recuperé mis colores —anuncio—, y después de eso me encontré con una Mariposa que argüía saber los detalles del accidente y por ende la ubicación de los colores perdidos de mi madre. —Elen asiente—. La seguí hasta acá abajo, pero mientras descendíamos intentó matarme. La maté primero. —Los ojos grises de Rob se crispan. Los últimos copos de nieve son diamantina blanca en su cabello negro—. Aunque logró llamar a todas las demás bestias...

—Grandioso. Como has dicho antes; en el cielo ya no hay guardianas que puedan luchar contra ellas. Están refugiados en algún castillo esperando que la nieve se vaya. No podemos esperar a avisarles. Son todas nuestras, ¿sabes?

—Tenemos que trazar un plan.

—Huir—propone Elen—. Esto es imposible.

—Huyan ustedes —replico—, este es problema mío.

—No...Cielo. No y no. No te dejaré sola si eso es lo que quieres.

—No dejaré que ese botín sea sólo tuyo —proclama Rob con una sonrisa torcida. Viniendo de él, con su voz dura, su comentario parece abrazarme, parece cálido.

En cambio, el olor a Mariposa se eleva en el aire. El amanecer está tímido. Ahora el aguanieve es casi lluvia a borbotones y el frío se esconde. Las Mariposas se acercan.

—No podemos esperar más; si esperamos a que amanezca podrán volar y serán aún peores. Tengo un plan: los tres iremos a aquella montaña —señalo en dirección a las rocas esféricas—; Rob disparará con el arco y Elen y yo nos las arreglaremos para ahuyentarlas.

—No sabes nada, Cielo. Está por amanecer, está lloviendo y al final de este río está donde nace el arcoíris. Si las Mariposas Negras cruzan ese arcoíris tendrán los colores que siempre quisieron; vestirán a su alma negra.

Me quedaré aquí. Ustedes vayan hacia allá. —Comienza a desenvainar las espadas.

—¡AHORA! —ruge Ellen y me lleva entre sus brazos. Comenzamos a ascender en dirección a la montaña.

Lo último que veo lo veo en cámara lenta, como si una bruma engullera mi visión y solo quedaran las huestes cerrándose en torno a Rob. Él se defiende blandiendo las espadas en todas direcciones: las cabezas vuelan, las alas de las mariposas son cortadas al igual que pedacitos de papel. El humo asciende. El olor de la sangre negra de las bestias está patente en el ambiente, incluso a esta altura. Más Mariposas Negras se dirigen en su dirección. Es ahí cuando todo se congela: una de las sombras le hiende un cuchillo cerca del vientre. El aroma de la sangre de Rob parece dulce en medio de la sangre oscura.

Él sigue luchando a pesar de su herida. La sangre me hierve viéndolo desangrarse mientras lucha. Ya hemos llegado a la cima de la montaña. Le cedo mi arco a Elen y ella se dedica a disparar a cada Mariposa que puede, con disparos precisos; no desperdicia ni una sola flecha. La sangre sale a borbotones de sus cuerpos largos y oscuros, como si fueran alas que le ruegan al amanecer que salga.

Corro en dirección a las rocas esféricas. No me importaría que mis huesos se quebraran en el proceso, ellas rugen, protestan, pero debo derribar esta roca hacia el hielo, que ahora está fusionándose gracias a una ola de calor repentino. La roca cede y sale disparada en el curso correcto. Al caer representa el mismo espectáculo que el de un meteorito de fuego al caer sobre una sábana; resquebraja cada milímetro, se hunde y hace salpicar los cristales de hielo con una lluvia helada. Cicatrices gigantescas corren por la superficie congelada. Las Mariposas Negras se hunden en el río que empieza a fluir; el sonido de su muerte es como el metal contra metal.

Pero, en medio de mi júbilo, hay una preocupación terrible, mortífera, por Rob. Veo que sus alas se sumergen en la corriente y es arrastrado. Los colores de sus alas se van apagando a medida que avanza; eso representa una flecha hundida en mi corazón. Todo por defenderme, por luchar, por obcecado. Pero también por defender a una Tierra cuyos habitantes no pueden lidiar con lo diferente, ni con el negro ni con el blanco.

Me lanzo en picada al río.

Llevo a trompicones el cuerpo moribundo de Rob a las faldas de la montaña. Elen me ayuda a examinar la herida, pero me dice que no puede hacer nada; que no conocen nada acerca de las heridas en los humanos.

—Morirá —dice con ojos llorosos—. Pero irá al cielo y cuidará de ti cuando las sombras te acechen de nuevo.

—No lo necesito...Ya las he combatido. Dile que se quede, por favor, Elen, dile que no se vaya.

—Cielo...Me temo que no puedo. —Me envuelve en un abrazo: veo a través de su pelo una bruma que empieza a disiparse a pocos metros de nosotras—. Yo también tengo que irme. Irme para siempre. Pero antes, tienes que saber quién soy en realidad. — La lluvia se concentra en nuestras mejillas. Ahora me doy cuenta que los colores de la vida no son las tizas que he buscado siempre, si no el color de las personas que me hacen feliz; el color de sus sonrisas, de sus abrazos, de su calor... Rob y Elen no pueden dejarme. Me niego a la idea.

—Elen, no, no se vayan. ¡NO SE VAYAN! —Sujeto la cabeza de Rob entre mis manos. Sus últimos respiros parecen ser también los míos. Lágrimas, lágrimas, lágrimas y el peso de la muerte en mis pulmones—. ¡ROB! ¡DESPIERTA ROB!

No se mueve. Sus alas se convierten en un manto níveo. Alas blancas de un ángel.

—Cielo —susurra—. Di mi vida aquí y la daría en cualquier otro lugar que haya después; lucharé como luchaste tú. Me complacerá ver tu brillo desde el cielo. ¿Me prometes que te dejarás ver?

—Lo prometo. —Ato una de las joyas brillosas de aquella Mariposa en torno a su muñeca—. Lleva esto siempre. Será el trofeo de nuestra aventura.

—Será un placer aniquilarlas y que vean este destello que nunca consiguieron. Elen...

La vida se le va de esos ojos grises.

El cuerpo de Rob se desvaneció en forma de finísimos cristales después de cerrar los ojos. ¿Qué pasará con él? ¿Regresará al cielo? Poso mi vista en Elen como si allí se encontraran todas las respuestas. El agua del río corre irascible y las montañas se sacuden las capas de hielo y nieve. Comienzan a sudar.

—Elen. ¿Quién eres?

—Me conoces desde siempre, mi niña, soy... ¡Te juro que no lo recordaba! No tenía noción ni del tiempo ni de los recuerdos, era como si siguiera dormida. Sólo sabía que teníamos que encontrarte para saber qué había detrás de tu historia. Lo recordé todo cuando me quedé viendo al fuego que prendió Rob.

—¿A qué te refieres con eso de “como si siguiera dormida”? —Otra vez me sumerjo en sus ojos. Veo su brillo, como un mar de oro, y a pesar de que hace mucho que no los veía, sé que son únicos...

Son los de mi madre.

Elen, Elenita..., sus abrazos, su ternura, sus historias. Todo concordaba desde un principio, pero tenía la mente demasiado ocupada en otros asuntos. Nos fundimos en un abrazo y es como si todos nuestros recuerdos regresaran a nosotras en este espacio, en este amanecer, en este mismo río que nos separó en aquel aparatoso accidente. Bendigo al destino por habernos reunido. Lo maldigo después por habernos separado, por haber evaporado esa brisa fresca que inundó mi corazón por tan poco tiempo.

—Mamá, ¿qué ha pasado con el coma?

—Oh, Cielo... *Es muy triste para hablarlo ahora. Me temo que al recuperar los recuerdos desperté completamente...me di cuenta de que estaba muerta y debía regresar al cielo de forma permanente.*

El sol se alza con destellos rosas y amarillos, sonriente. Sus dientes son montañas que vuelven a recuperar su brillo dorado. La nieve se despide.

—El sol ha salido. Significa que las Brisas tenemos que volver al cielo, hija mía. Me iré. Perdón, perdón, perdón. —Las lágrimas danzan en nuestras mejillas—. A pesar de esta despedida quiero que sepas que incluso si no llegué a recordarte, tu sonrisa me decía que nos conocíamos de toda la vida...No estaba tan equivocada. Es mejor irme ahora que tenerte toda una vida esperando para que despierte. Me verás en cada amanecer o cuando decidas voltear tu vista al cielo. Pero tienes que ayudarme a encontrarte...

No puedo hablar. Alguien ha vertido mi garganta en las corrientes de ese río. Alguien aprieta mi corazón.

—Sí —siseo— si...siempre.

—¿Sabías, hija, que el rojo es el primer color del arcoíris y el más prominente? El rojo es el color que se ve con mayor facilidad, aquel que permanece vistoso a pesar de que los otros sean un simple borrón. Con esto me refiero a que jamás debes de recibir un día sin ese color, que tu pasión

jamás debe dejarte ni tu dejarla a ella porque en caso de hacerlo te quedarías con los colores apagados. El rojo de la vida le da realce a todo lo demás; no necesitas ningún color adicional para encontrarte a ti misma, si tienes pasión por algo no estás perdida del todo.

«Nunca he estado perdida; he amado y amaré siempre a Mik, a mamá y al ballet. Siempre he tenido el rojo pero guardado. A partir de ahora el rojo destellará de su escondite para siempre. He encontrado mi arcoíris».

—Te lo prometo. —Logro articular palabra—. Mi rojo resplandecerá de un modo que incluso en una tormenta lo podrán ver, tú y Rob. Gracias mamá... porque tú me enseñaste que cuando se tiene todo perdido todavía se puede ganar.

Nuestras lágrimas cantan. Son el único sonido.

—Lleva siempre esa lección contigo, mi Cielo. Me iré contenta de este mundo si sé que dejé la mejor herencia en ti.

—Jamás lo dudas mamá. A partir de que viajes al cielo ya no será igual de gris; será como ese mural del que me platicaste. ¡Qué grato será ver tus alas cuando crea que ha nublado en mí! Fuiste mi sol, lo eres y lo serás por siempre. En el cielo es donde mereces estar.

Tras lágrimas, muchos “te amo” y rayos de sol, quedé completamente sola en ese espacio. El río me llevó consigo cuando lloré tanto que pensé que ya no era de este planeta. Quizá a esto se refería Melion; a no dejarme perder en mi dolor. Esa vez, no creo que nadie se podría aferrar como yo. Hice todo lo que pude; no porque apretase demasiado a un color significaba que nos íbamos a romper. Mis colores estaban sólidos, era yo la frágil; el lienzo de agua que no se dejaba pintar por una vida bella, que siempre huía de los momentos felices. En ese viaje reconocí que podía aprovechar toda la oscuridad en mí para potenciar el tono de mis demás colores, de los colores débiles. Trastocar esa rabia contenida en coraje para buscar mis sueños, por ejemplo, y darle a mi rojo pinceladas negras para crear sueños ambiciosos.

Durante ese momento de pérdida mi mente se vio gobernada por el corazón. Las sombras me envolvían, como en aquel baile. Si las hubiera tenido sobre mi piel seguro me alzarían y soltarían en medio de la corriente.

Pero decidí abrazarme con los colores perdidos y ganados e inmismirme en la corriente. ¿Quién sabe qué había al final del río?

Capítulo XI

Los demás seguimos aquí

LA MARIPOSA NEGRA

HABÍA UNA VEZ...

Había una vez una chica blanca como la nieve que se escondía de un mundo vacío —más vacío que el color más temido— aprovechando que era invisible. El mundo era tan cruel que a pesar de su apariencia siempre la encontraba para burlarse. Excepto un chico, un chico que parecía mirar a través de ella con sus ojos verdes el arcoíris más hermoso que nacía después de una tormenta. Ese chico pulía cada uno de los colores desconocidos de Cielo, siempre le hacía darse cuenta de cuán valiente y bella podía ser. Para ella, él era el sacapuntas para sus colores, pero un sacapuntas con la navaja firme, afilada y segura, que siempre tocaba a sus lápices con el encanto mismo de la nieve al caer para dejarlos lustrosos, afilados. Con esos lápices pintaron la historia de amor más tierna sobre la faz de Cromo, pero llegó la lluvia y la borró. Borró los colores de ese lienzo, pero cada quien tenía una copia en sus corazones.

El chico se va en busca de una cura para sus ojos. La chica se va en busca de una cura para su madre. El tren se pone en movimiento. Se dicen adiós.

La chica conoce a dos hospederos amables. Uno le enseña a usar el arco. La otra usa las palabras de una manera tan certera que parecen flechas, verdaderas y lindas.

Cielo se interna en el bosque. Hay un árbol muy amable que la pone a prueba y le ofrece la recompensa más valiosa e impensable para ella: las herramientas para que los colores de la vida jamás se le acaben. Ella baila,

complace al árbol y, al final, una sombra la acecha.

Hay más sombras como esas. Emergen de las profundidades del bosque y buscan robarle lo que la vida antes le había robado. Llegan dos ángeles con las alas de fuego de colores. Uno muere luchando. La otra Brisa es su madre.

Se despide de sus dos ángeles. La brisa matinal y la corriente son sus únicas compañeras después de que queda sola. Las Mariposas Negras caídas traman una venganza y, para desgracia de Cielo, soplan en su contra. Es un viento tan infernal que hasta los mismos árboles del Bosque Jade tienen miedo.

Antes de que la puedan tirar, ella se lanza: confía en sus colores y en las alas invisibles que siempre la mantuvieron a flote en la vida. Alas de metal en cuerpo de cristal.

¿Qué es lo que hay tras esa bruma al final del río? El río en realidad es una cascada. La lluvia arrecia al igual que el viento y el sol se alza penetrando en las gotas de agua. Forma un arcoíris. ¿Si te das cuenta cuál? El arcoíris que se forma después de nevadas, días blancos y tormentas.

«Si no dejas que la luz del amor penetre en las gotas de tu alma, difícilmente podrás tener el arcoíris que la acaricie».

Por más increíble que parezca, Cielo cruzó por ese arcoíris. Cada uno de los colores se le impregnó a su alma y le curó todas las penas que la perseguían. Cuando lo cruzó sintió el roce de los pétalos de rosas sobre su cuerpo y dentro, más dentro, ahí donde reposaban los recuerdos tristes. Las rosas acariciaron a esos recuerdos y se volvieron apagados; luego fueron con los más felices y danzaron juntos para siempre.

Algo más: cuando Cielo corrió por ese bosque que salvó del fuego y de las mariposas, algunas ramas se quedaron pegadas a sus cabellos. Se convirtieron en lápices de colores. Había mucho que pintar con ellos.

¿Que por qué estoy aquí? ¿Que dónde había estado? Oh, larga historia. Primero, las confesiones.

CONFESIONES DE LA MARIPOSA NEGRA

Siempre he vivido aislada de mi pueblo. No me gusta chupar hasta la última gota de color de un humano: es mejor robarlas —a los malos—. Como en aquella ocasión cuando le robé una porción pequeñísima a una Brisa. Ah, a Rob. Resulta que aquel día vi a un Mikken destrozado al lado de las vías de tren, en la Terminal. Se tallaba los ojos como si no pudiera creer que ya no podría ver al espectáculo más bello para sus ojos: a Cielo. No, no le importaba que todo el mundo no tuviera color, que viviera entre penumbras; le aterraba el hecho de ser una carga para Cielo, un estorbo, a pesar de que ella lo aceptara tal cual. O, quiero suponer, le carcomía el hecho de ver un mundo sin los colores de Cielo. ¿Qué color tenían las alas de las Brisas en comparación con las de su amada? En ese caso las alas eran blancas y todos esos colores pasaban al cuerpo de ella. Era blanca, sí, pero juntaba en esa blancura lo que ningún color podía expresar. ¡Puaj! ¡Estoy diciendo las mismas palabras que Mikken!

Bien, pues él, se hospedó en un hotel cerca del hospital en el que se examinaba. Hace poco el médico le dio una noticia mortal: que no vería nunca. Él, destrozado, volvió a la estación de trenes con un boleto en dirección a la Sierra para entregarse a las Mariposas Negras. Iba a morir. Pero no lo dejé.

Escribió en un papel que el viento le había llevado lo siguiente:

“ Para: Cielo.

De: Mikken.

No merezco el perdón, Cielo, al igual que no mereces que te deje sola sin

haber cumplido mi promesa. He recibido un dibujo que sospecho es tuyo; el roce de tu piel con el papel me recordó a tus caricias. Espero estar en lo cierto. Quiero decirte que si así será mi vida de aquí en adelante —sin poder ver lo que haces para mí—, prefiero irme con los recuerdos más felices y no amargarme los días que restan. Me entrego a mi destino antes de que se presente ante mis ojos y me engulla en un abismo perpetuo. Estoy seguro que a donde vaya siempre recordaré lo perfecto que fue esta vida contigo. Los colores de nuestra historia siempre los veré en mi corazón, no lo dudes. Esos los vería hasta en la oscuridad más eterna.

Te ama siempre,
Mikken.”

El día en que terminaron las nevadas y llovió fue la última vez que miré a Mik y que él me miró a mí. Él estaba a punto de comprar los boletos cuando el dependiente le pidió el pasaporte. Se lo tizné con mis alas negras y no los pudo adquirir. Le rocié sobre los ojos la porción de color que le robé a Rob y, con eso, recuperó la visión por un momento.

La recuperó para ver el arcoíris que Cielo había trazado después de vencer al blanco.

En ese arcoíris vio a la mismísima Cielo, que era traspasada a su vez por rayos de sol que la envolvían en mil y un arcoíris a la vez.

«Si no dejas que la luz del amor penetre en las gotas de tu alma, difícilmente podrás tener el arcoíris que la acaricie».

Así fue como recuperó la visión, misma que aprovechó para encontrarla.

Yo viajé hacia ese arcoíris. Modestia aparte, debemos reconocer que soy de las pocas Mariposas Negras que merecen vivir envueltas de alas variopintas debido a sus actos. Mi gran acto fue unir una historia de amor que siempre vivió en mi corazón negro.

Epílogo

Cielo dejó descansar las cenizas de su madre en las aguas de aquel río. Regresó a Croma inmediatamente después de haberlo hecho; ese lugar era tan triste sin Rob y Elen.

Oh, Rob y Elen. Ella siempre identificaba a Rob entre las demás Brisas; la cuenta de cristal verde brillante sobresalía entre sus alas. Elenita no necesitaba más identificador que esas alas de fuego rojo. Cada que los veía, se llevaba una mano al corazón.

«*Estos latidos son gracias a ustedes*».

Pocos días después de todos los acontecimientos, donó los colores que quedaron en su cabello (la recompensa del Bosque Jade por salvar cada árbol de las Mariposas Negras) a las personas más tristes de todo Croma. Ese mismo día, recibió una llamada de Ararat, su antigua *compañera*. La invitó a una representación, a lo cual Cielo accedió con una sorpresa notable. Le debía un sincero perdón y...un regalito.

—Fundé esta Academia de Ballet cuando me di cuenta de que mis días no debían de ser más oscuros. —La voz de Ararat ya no tenía ese tono burlón—. Así que reviví mi pasión dando clases de ballet a chicas maltratadas. Ya no pude bailar después de aquel incidente, así que aunque esto no sea lo mismo, me llena inclusive más que bailar sobre un escenario. De esta manera les puedo enseñar a que pueden limpiar sus heridas con otras más puras.

—Entiendo. Siento mucho lo que pasó.

Ararat tenía el pelo negro, le caía en dos cortinas sobre su rostro, lustroso y afilado. Caminaba a trompicones apoyada en un bastón mientras servía una taza de café a Cielo.

—Gracias. Como verás, ya he aprendido a superarlo. —Cortinas de lágrimas le empañan los ojos negros.

—Yo no lo superaré mientras no aceptes mi perdón.

—No hablemos de eso, por favor.

—Sí, *debemos* hablar de eso por el bien de las dos. —Reprime lágrimas de dolor—. O si no, vivirá clavado ese rencor en nosotras.

—Cielo... ¡Oh, cuánto lo siento! —Las murallas se le derrumban—.

Siento haber reflejado mis demonios negros sobre ti. Siento que mis sombras se hayan cruzado por tu camino. No quiero que te sientas culpable por lo que pasó: ambas actuamos mal y recibimos nuestra lección, estoy alegre porque haya terminado todo y porque estemos aquí, juntas, como amigas.

—Ararat. —Cielo sabe que es lo último que falta para olvidarse de todo y tener una nueva vida. Deja que el perdón le recorra el alma como el agua de aquel río—. Te perdono y te pido perdón. A lo largo de estos días he comprendido que todos proyectamos una sombra en este mundo y que cuando nadie nos guía, esa sombra puede alargarse, extenderse hasta opacar otros tonos. Lo importante es que resalten nuestros demás colores, nuestros demás valores, nuestros demás recuerdos. Si me heriste, ya me he recuperado. El hecho de que te hayas levantado del sueño del que te despojé me da otra lección de vida más: no te alzaste como una sombra vengadora sino como una guerrera.

—Estoy cien por ciento segura que tú también, Cielo.

—Supongo que sí —responde—. Durante la travesía en la que me descubrí aprendí a encontrar pasiones puras; un rojo limpio nace de un corazón limpio. Mi corazón no estará limpio hasta que no me perdones.

—Estoy más apenada por lo que te hice yo a ti. Te perdono, es más; no hay nada que perdonarte. Lo que te hice podía haberte destruido no un sueño sino toda la vida.

—No sabes cuánto me alegran tus palabras, Ararat.

—A mí me alegras que lo hayas conseguido, que hayas encontrado ese fuego en tu interior y lo hayas sacado de ti para despejar ese blanco que te hacía sufrir.

—¿De qué blanco hablas? —bromea.

—Oh, no me digas que no sabes que tú hiciste que lloviera y se fuera la nieve junto con las Sombras.

—Oh, no, no lo recuerdo —finge.

—Pues toda Croma sabe de tu leyenda. El blanco ya no les parece tan aterrador.

Ambas ríen.

—Ni el blanco ni el negro —concluye Cielo.

—Así es —puntualiza Ararat—. Hay algo más que me alegra de todo esto: ¡que ya tenemos escenografía!

—Me alegra que incluyas el *tenemos*, porque tú también bailarás.

Le entrega las zapatillas azules con las que había bailado en aquel bosque; aquellas zapatillas que parecían fragmentos de cielo. *Mágicas*. Horas después, Ararat llora de la alegría cuando puede bailar con el regalo de Cielo; ya no existía ningún sueño truncado, ninguna cicatriz en la vida de ambas.

—¿Es necesario que baile con esto? —exclama Cielo antes de salir al escenario.

—Ya te he dicho que es *mil y un veces necesario*. Vamos, sí, así está bien. —La venda de seda azulada deja en penumbras la visión de Cielo.

—¿Segura que no es una venganza? ¿No me tirarás a las puertas del infierno o algo así? —Ararat ríe por lo bajo. El público espera.

—No, camina unos diez pasos más y ya estarás en el escenario. Recuerda el ensayo.

Cielo camina.

El escenario se encuentra tapizado de nieve —la que quedó de las nevadas—, hay espejos en el fondo y largas tiras rojas que lamen el suelo de madera. Cielo se queda tirada en medio de la nada, perdida (es lo que representa la mascada) y abre sus alas negras para ver si en el cielo puede navegar con rumbo.

Muy equivocada. No puedes navegar en un mundo de sombras si tu alma está blanca. Oh, vaya paradoja. Las sombras te enseñan o te destruyen. Tú lo decides.

La música de fondo se impregna de batucadas ensordecedoras; algún ser maligno se acerca. Es Ararat con un tutú blanco y con las zapatillas azuladas, pulcras.

Ella representa el peligro de una aguja que se encuentra en un camino llano, puede que despierte a la bailarina perdida de su letargo o sumirla en un sueño negro, como a la Bella Durmiente. La bailarina negra busca despertarla, decirle que el mundo es negro y que merece un destino mejor, pero que debe buscarlo.

Llega entonces el momento en que Ararat invita a la danza a Cielo. Los pasos son delicados, frágiles, y luego se oscurecen conforme al ritmo de las batucadas. Llegan al clímax del peligro.

Le arranca las alas.

Cenizas volando en una atmósfera pesada.

Pedazos de papel que caen a la nieve buscando refugio.

Oh, el contraste.

Cielo queda sola, sumida en el mar de sueños negros y rotos. Piensa que no habrá nadie más que la guíe, que ha perdido tanto sus alas como sus ojos.

Alguien la levanta. *¿Eso estaba en la coreografía?* La fuerza con que le dice que los sueños pueden encontrarse hasta en el invierno más largo y frío la levanta y la lleva hacia él. *Él. Mik.* Cielo reconoce su fuerza: reconoce ese pecho musculoso en el que recuesta su cara y puede escuchar lo que dice su corazón en medio del silencio.

«Ambos sabemos que nuestra historia fue como un imán cuyos polos se hubieron separado por una fuerza: el destino. Y que ahora, el mismo destino nos une».

El calor de su cuerpo la estremece. Una explosión de fuegos artificiales en su estómago. Latido contra latido. Ambos imparables, *inseparables*, fuertes.

El bailarín recorre la pista con la bailarina de alas rotas: sacuden la nieve juntos, la alza como si fuera una estrella caída, que brilla en un firmamento de sombras.

Y al final, cuando la besa apasionadamente en los labios, cada pluma negra se convierte en una pluma de un color distinto y vuelan en dirección de la espalda de Cielo, para volver a aletear.

«El amor es ese pegamento que nos promete soldar nuestros pedazos. Entre más fuerte es, menos se notan las cicatrices».

En esa frase hay mucha razón: las alas de Cielo se mueven como nuevas, como si nunca hubiesen estado rotas. Es más, el color es tan lustroso que resaltan las líneas de la cara de Mik, sus ojos, su cabello. Y los matices de Cielo: cara blanca, ojos grises —que parecen contener gotas de lluvia clara—, cabello color caoba y labios rojos carmesí.

Le agradece que le haya devuelto los colores para volar con otro beso y otro abrazo.

—¡Mik! —dice Cielo tras bastidores—. ¡YA PUEDES VER!

—¿Cómo sabes que soy Mik? —bromea—. Puedo ser un horrible demonio que te puede dejar ciega.

—Ciega con esos ojos, créeme que sí.

—No sabes cuánto te extrañé... cuánto te necesité.

—Estábamos igual.

—¿Es cierto lo que dicen? ¿Es cierto que tú creaste ese arcoíris que me devolvió la visión?

El sonido de sus abrazos y besos rebasa al silencio.

—Puede que sí, pero esos colores fueron el resultado de todos los recuerdos maravillosos que pudimos tener juntos. *Un regalo de lo que cosechamos juntos, para ti.* Así lo llamaría yo. Puede que sin ti jamás hubiera visto ningún color mas que el negro. Eres el color que dejará de lado hasta al color del amanecer, porque eres el matiz que embadurna a mi corazón de paz y amor. Es como una fuente de la que solo puede brotar todo lo bueno del mundo.

—Desde que te conocí, cuando eras completamente blanca, supe inmediatamente que tu alma guardaba en ese blanco todos los colores del universo. Gracias por permitirme ser ese prisma, Cielo; ese prisma que descomponía tu color blanco en todos los colores existentes y también, gracias por compartirlos conmigo.

—Los compartiremos por siempre —sentencia ella—. Tú eres ese cielo en el que puedo extender mis dolores y alegrías y dejarlos volar hasta que se pierdan o se intensifiquen. Siempre querré volar en ese cielo.

Dos corazones que laten irascibles, que se encuentran tras una cruenta tormenta. Dos labios que sellan las promesas más nobles. Dos palmas que notan los latidos del otro.

Dos arcoíris en un mismo cielo.

 **FIN** 

SOBRE EL AUTOR

Fabián Tapia nació en México y tiene 21 años. Como escritor, ha publicado relatos cortos para CONACULTA y el periódico LAOPCION.MX. Ha ganado varios certámenes de composición artística y ha sido testigo de las mayores muestras de arte en Nueva York. Es autor de los cuentos *El Imperio de las Sombras* y *Utopía en Globo*, de las novelas *Cartas por el cielo*, *Paola o El Renacer del Mar*, *Nunca [pero después]* y *Penumbra*. Su primera novela ha sido aclamada por la crítica como una historia con una narración sin parangón y la nueva promesa de la romántica juvenil. Su obra poética abarca los libros *El chico de los ojos secos*, *Ayer* y *Aún*. Sus ventas han superado incluso las ventas digitales de Shakespeare en la plataforma Amazon.

Actualmente estudia la carrera de Letras Españolas en la Universidad Autónoma de Chihuahua y en su tiempo libre hace reseñas literarias en su sitio web:

www.hijodeletras.blogspot.mx